

—¡Ah! ¡ah! aquí tenemos nuestra magnífica *cenorama*—dijo Poiret al ver que Cristóbal entraba llevando respetuosamente la sopa.

—Perdone usted, caballero—dijo la señora Vauquer—es una sopa de coles.

Todos los jóvenes soltaron una carcajada.

—Le ha reventado á usted, Poiret.

—Apúntele dos tantos á la señora Vauquer—dijo Vautrín.

—¿Se ha fijado alguno de ustedes en la niebla de esta mañana?—dijo un empleado del Museo.

—Era una niebla frenética y sin par, una niebla lúgubre, melancólica, verde, repulsiva, una niebla Goriot—dijo Bianchón.

—*Goriorama*—dijo el pintor—porque no se veía gota.

—¡Eh! milord Goriot, *hablársele á usted aquí*.

Sentado á un extremo de la mesa, cerca de la puerta de entrada, el padre Goriot levantó la cabeza olfateando un pedazo de pan que tenía sobre la servilleta.

—¡Cómo! ¿acaso no encuentra usted el pan bueno?—le gritó agriamente la señora Vauquer, con voz que dominó el ruido de las cucharas, de los platos y de las voces.

—Al contrario, señora—respondió.—Está hecho con harina de Etampes de primera calidad.

—¿En qué lo conoce usted?—le preguntó Eugenio.

—En la blancura y en el gusto.

—En el gusto de la nariz, porque lo huele usted—dijo la señora Vauquer.—Se vuelve usted tan económico, que acabará por encontrar el medio de alimentarse aspirando el aire que sale de la cocina.

—Si es así, saque usted privilegio de invención y hará una hermosa fortuna—le dijo el empleado del Museo.

—Sí, déjenle, hace eso para persuadirnos de que ha sido fabricante de fideos—dijo el pintor.

—¿Es acaso su nariz una retorta?—le preguntó el empleado del Museo.

—¿Re-qué?—dijo Bianchón.

—Re-cuerno.

—Ré-mora.

—Re-molacha.

—Re-doma.

—Re-toma.

—Re-taco.

—Re-pisa.

—Re-pollorama.

Estas ocho respuestas salieron de todos los ámbitos del comedor con la rapidez de un rayo y se prestaban tanto más á la risa, cuanto que el pobre Goriot miraba á los convidados con aire estúpido, como hombre que procura entender una lengua extranjera.

—¿Re-qué?—le preguntó á Vautrín que estaba á su lado.

—Re-tonto—dijo Vautrín dando un golpe en el sombrero al padre Goriot y hundiéndoselo hasta las orejas.

El pobre anciano, estupefacto ante tan brusco ataque, permaneció un momento inmóvil, y Cristóbal se llevó su plato creyendo que había acabado la sopa; de suerte que cuando Goriot tomó la cuchara después de haberse levantado el sombrero, tocó con ella en la mesa creyendo meterla en el plato, lo cual fué motivo de que todos los huéspedes soltaran una carcajada.

—Señor—dijo el anciano,—es usted un mal bromista y si se permite de nuevo tales libertades...

—¿Qué, papá?—le preguntó Vautrín interrumpiéndole

—Que llegará un día en que lo pagará usted muy caro.

—En el infierno ¿verdad?—dijo el pintor, que estaba sentado en el rincón oscuro de la mesa donde suelen colocarse los niños traviesos.

—¿Qué es eso, señorita! ¿no come usted?—dijo Vautrín á Victorina.—¿Acaso se ha mostrado su papá recalcitrante?

—De una manera horrorosa—respondió la señora Couture.

—Habrá que hacerle entrar en razón—dijo Vautrín.

—Señorita, puesto que usted no come, podrá usted intentar un pleito pidiendo alimentos—le dijo Rastignac, que se hallaba al lado de Bianchón.—¡Eh! ¡eh! miren ustedes como contempla el padre Goriot á la señorita Victorina—añadió riendo.

El anciano se olvidaba de comer para mirar á la joven, cuyas facciones denotaban un dolor verdadero, el dolor de la hija desconocida que ama á su padre.

—Querido mío, nos hemos engañado acerca del padre Goriot—dijo Eugenio en voz baja á Bianchón.—No es un imbécil ni un hombre sin sentimientos. Aplícale tu sistema de Gall y dime lo que opinas. Esta noche le he visto retorcer un plato de plata como si fuese de cera, y en este momento su cara denota sentimientos extraordinarios. Su vida me parece demasiado misteriosa para que no sea digna de ser estudiada. Sí, Bianchón, no te rías, te hablo en serio.

—Conforme—dijo Bianchón,—este hombre es un caso curioso de medicina; si quiere, le disecaré.

—No, examínale la cabeza.

—¡Dios me libre! podría ser contagiosa su estupidez.

Al día siguiente, Rastignac se vistió muy elegantemente, y á eso de las tres de la tarde se encaminó á casa de la señora de Restaud, entregándose por el camino á esas locas esperanzas que tan gratas emociones comunican á la vida de los jóvenes, los cuales no calculan los obstáculos ni los peligros, lo ven todo de color de rosa, poetizan su existencia con el sólo juego de su imaginación y se hacen desgraciados ó se ponen tristes al ver destruidos proyectos que sólo tenían vida en sus desenfadados deseos. Si la juventud no fuese ignorante y tímida, el mundo social sería imposible. Eugenio andaba con mil precauciones para no mancharse de barro; pero marchaba pensando en lo que le diría la señora de Restaud, y, haciendo acopio de gracia, inventaba contestaciones para una conversación imaginaria y preparaba frases agudas á lo Talleyrand, suponiendo circunstancias favorables á la declaración en que fundaba su porvenir. En esto, distraído, se manchó las botas, y se vió obligado á lustrárselas en la tienda de un limpia-botas y á cepillarse el pantalón.

—Si yo fuese rico—se dijo al mismo tiempo que cambiaba una moneda de veinticinco francos que había tomado *por si acaso*,—iría en coche y podría pensar á mi gusto.

Por fin, llegó á la calle de Helder y preguntó por la condesa de Restaud. Con la fría rabia del hombre seguro de triunfar algún día, Eugenio recibió la displi-

cente mirada de los criados que le habían visto atravesar el patio, á pie sin haber oído el ruido de un coche á la puerta. Aquella mirada fué para él tanto más sensible, cuanto que había comprendido ya su inferioridad al entrar en aquel patio, donde pafaba un hermoso caballo, ricamente enganchado á uno de esos cabriolés que denotan el lujo de un vida disipadora y que dejan adivinar en sus dueños el hábito de todas las felicidades parisienses. Él solo ya empezó á ponerse de mal humor, y los depósitos de su cerebro, que él creía llenos de gracia, se cerraron de pronto dejándole como alelado. Esperando la respuesta de la condesa, á la que un ayuda de cámara había ido á decir el nombre del visitante, Eugenio se cruzó de piernas apoyando el codo en una falleba y miró maquinalmente al patio. El estudiante encontraba el tiempo largo, y se hubiera ido si no estuviese dotado de esa tenacidad meridional que engendra prodigios cuando va por buen camino.

—Caballero—le dijo el ayuda de cámara,—la señora está muy ocupada en su gabinete y no ha respondido; pero si quiere usted pasar al salón, allí hay algunos que la esperan.

Al mismo tiempo que admiraba el poder de aquellos criados que con una sola mirada acusan ó juzgan á sus amos, Rastignac abrió deliberadamente la puerta por donde había salido el ayuda de cámara á fin de hacerle creer sin duda que conocía á las gentes de la casa; pero fué á dar á una habitación donde había lámparas, armarios y un aparato para calentar las toallas para el baño, habitación que se comunicaba con un corredor obscuro, á cuyo extremo se encontraba una escalera

oculta. Las risas ahogadas que oyó en la antesala llevaron su confusión al colmo.

—Caballero, el salón es por aquí—le dijo el ayuda de cámara con ese falso respeto que parece ser una burla más.

Eugenio dió la vuelta con tal precipitación, que chocó contra una bañera; pero detuvo á tiempo su sombrero para impedir que cayera en el agua. En este momento se abrió una puerta en el fondo de un largo corredor iluminado por una lámpara, y Rastignac oyó en él la voz de la señora de Restaud, la del padre Goriot y el ruido de un beso. Después, entró en el comedor, lo atravesó seguido del ayuda de cámara y penetró en el primer saloncito, quedándose en él y asomándose á una ventana al ver que ésta daba al patio. Eugenio quería saber si aquel padre Goriot era realmente el padre Goriot de la posada. Recordaba las asombrosas reflexiones de Vautrín y el corazón le latía violentamente. El ayuda de cámara esperaba á Eugenio en la puerta del salón; pero de pronto, salió de éste un joven, diciendo impacientemente:

—Mauricio, me voy. Dígale usted á la señora condesa que la he esperado más de media hora.

Aquel impertinente, que sin duda tenía derecho á serlo, tarareó una canción italiana, al mismo tiempo que se dirigía á la ventana que ocupaba Eugenio, é hizo esto tanto para ver la cara del estudiante como para mirar al patio.

—El señor conde haría mejor en esperar un momento, porque la señora ha acabado—dijo Mauricio volviendo á la antesala.

En aquel momento, el padre Goriot iba á atravesar la puertecita cochera que se comunicaba con la escalera de escape. El buen hombre se disponía á abrir su paraguas, sin fijarse en que la puerta principal estaba abierta para dar paso á un joven condecorado que guiaba un tálburi. El padre Goriot sólo tuvo tiempo de echarse atrás para no ser aplastado. La tela del paraguas había asustado al caballo, que dió un ligero salto. Entonces, el joven que lo guiaba volvió la cabeza con aire iracundo, vió al padre Goriot y antes de que saliese, le hizo un saludo que denotaba la consideración forzosa que se concede á los usureros cuando se les necesita, ó ese respeto necesario debido á un hombre desacreditado cuya amistad nos hace enrojecer más tarde. El padre Goriot respondió con un saludito amistoso lleno de bondad. Estos acontecimientos pasaron con la rapidez del rayo. Demasiado atento y preocupado para notar que no estaba solo, Eugenio oyó de pronto la voz de la condesa, que decía con tono de reproche y de respeto.

—¡Ah! Máximo ¿se marchaba usted ya?

La condesa no había notado la entrada del tálburi. Rastignac se volvió bruscamente y vió á la dama coquetamente vestida con un peinador de cachemira blanca y peinada negligentemente, como lo están las parisienses por la mañana. Aquella mujer despedía un grato olor á perfumes; sin duda había tomado un baño, su belleza parecía más voluptuosa y sus ojos estaban húmedos. La mirada de los jóvenes lo sabe ver todo, porque sus espíritus se hermanan con los destellos de la mujer como una planta aspira del aire las substancias que le son propias. Eugenio sintió, pues, la frescura de las manos de

aquella mujer sin necesidad de tocarlas, y sus ojos veían á través de la cachemira los tintes rosados del busto, que el peinador, ligeramente abierto, dejaba percibir á veces. La condesa no necesitaba los recursos de las ballenas, porque su cintura marcaba por sí sola su talle flexible. Por otra parte, su cuello invitaba al amor y sus pies eran bonitos dentro de las zapatillas.

Cuando Máximo tomó aquella mano para besarla, Eugenio vió á Máximo, y la condesa notó la presencia de Eugenio, diciéndole con ese aire á que saben obedecer las gentes de ingenio:

—¡Ah! ¿es usted, señor de Rastignac? ¡cuánto celebró verle!

Máximo miraba alternativamente á Eugenio y á la condesa de una manera bastante significativa para que el intruso se largara. «¡Ah! querida mía, espero que pondrás á ese tipo á la puerta.» Esta frase era una traducción clara y evidente de las miradas del joven impertinentemente altivo á quien la condesa Anastasia había llamado Máximo y cuyo rostro consultaba con esa atención sumisa que dice todos los secretos de una mujer sin que ella lo sospeche siquiera. Rastignac sintió un odio terrible por aquel joven. En primer lugar, los hermosos y bien rizados cabellos rubios de Máximo le hicieron ver cuán horribles eran los suyos, y además, Máximo llevaba botas finas y limpias, mientras que las suyas, no obstante el cuidado del limpiabotas, se habían manchado un poco de barro. Finalmente, Máximo llevaba una levita que le estrechaba elegantemente el talle, mientras que Eugenio llevaba traje negro á las dos y media de la tarde. El ingenioso hijo del Charente com-

prendió la superioridad que le daba el traje á aquel pe-  
trimetre, alto y delgado, de ojos claros y de tez pálida.  
Sin esperar la respuesta de Eugenio, la señora de Rest-  
taud se trasladó al otro salón dejando flotar los pliegues  
de su peinador, que se enrollaban y desenrollaban de  
una manera que le daban la apariencia de una mari-  
posa, y Máximo la siguió. Eugenio, furioso, siguió á  
Máximo y á la condesa. Aquellos tres personajes se  
encontraron, pues, juntos al llegar á la chimenea situada  
en medio del salón. El estudiante sabía que iba á mo-  
lestar á aquel odioso Máximo, pero á riesgo de desagra-  
dar también á la señora de Restaud, quiso molestar al  
petrimetre. De pronto, acordándose de que había visto  
á aquel joven en el baile de la señora de Beauseant,  
adivinó lo que era Máximo para la señora de Restaud,  
y, con esa audacia juvenil que hace cometer grandes  
torpezas ú obtener grandes éxitos, se dijo:

—He aquí mi rival. Quiero triunfar de él.

¡Imprudente! Él ignoraba que el conde Máximo de  
Trailles se dejaba insultar, tiraba primero y mataba á  
su contrincante. Eugenio era diestro cazador; pero no  
había derribado nunca veinte muñecos de veintidós  
tiros. El joven conde se dejó caer en una poltrona cerca  
de la chimenea, tomó las tenazas y empezó á atizar el  
fuego con movimientos tan violentos y nerviosos, que  
la hermosa cara de Anastasia se entristeció de pronto,  
y volviéndose hacia Eugenio, le dirigió una de esas mi-  
radas frías é interrogativas que dicen con tanta claridad:  
«¿Por qué no se va usted?», que las gentes bien edu-  
cadas obedecen inmediatamente á ellas; pero Eugenio  
no obró así, y afectando un aire muy amable, dijo:

—Señora, tenía verdadero afán de verla para...

É interrumpió la frase. Se abrió una puerta. El  
señor que guiaba el tilburí se presentó de pronto sin  
sombrero, no saludó á la condesa, miró con curiosidad  
á Eugenio y tendió la mano á Máximo, dándole los  
buenos días con una expresión paternal que sorprendió  
extraordinariamente al estudiante. Los provincianos ig-  
noran lo agradable que resulta el matrimonio de tres.

—El señor de Restaud—dijo la condesa al estu-  
diente presentándole á su marido.

Eugenio hizo una profunda inclinación de cabeza.

—Este caballero es el señor de Rastignac—dijo Anas-  
tasia continuando la presentación,—pariente, por los  
Marcillac, de la señora condesa de Beauseant, la cual  
me lo presentó en su último baile.

*Pariente, por los Marcillac, de la señora condesa de  
Beauseant;* estas palabras, que la condesa pronunció casi  
enfáticamente llevada de esa especie de orgullo que  
siente la dueña de una casa probando que sólo recibe  
á gentes distinguidas, fueron de un efecto mágico, pues  
el conde dejó su aire friamente ceremonioso, y saludó al  
estudiante diciéndole:

—Caballero, experimento un verdadero placer en  
conocerle.

El mismo conde Máximo de Trailles fijó en Eugenio  
una mirada inquieta y abandonó de pronto su aire im-  
pertinente. Aquel golpe de varita mágica debido á la  
potente intervención de un nombre, devolvió al meri-  
dional todo el ingenio que llevaba preparado. Un rayo  
de luz le hizo ver claro en la atmósfera de la alta so-  
ciedad parisiense, tenebrosa aun para él. La casa Vau-

quer y el padre Goriot, estaban entonces muy lejos de su pensamiento.

—Yo creía extinguidos á los Marcillac—dijo el conde de Restaud á Eugenio.

—Sí, caballero—le respondió éste.—Mi tío, el caballero de Rastignac, se casó con la heredera de la familia de Marcillac, y no tuvo más que una hija, que se casó con el mariscal de Clarimbault, abuelo materno de la señora de Beauseant. Nosotros somos de la rama mayor, rama tanto más pobre, cuanto que mi tío el vicealmirante, lo perdió todo por servir al rey, y el gobierno revolucionario no quiso admitir nuestros créditos en la liquidación que hizo de la compañía de las Indias.

—¿Mandaba su señor tío de usted *El Vengador* antes de 1789?

—Precisamente.

—¡Ahl entonces conoció á mi abuelo, que mandaba *El Warwick*.

Máximo se encogió ligeramente de hombros mirando á la señora Restaud y pareció decirle: «Si se pone á hablar de marina con éste, estamos perdidos.» La condesa comprendió la mirada del señor de Trailles, y con ese admirable poder que poseen las mujeres, se sonrió diciendo:

—Venga usted, Máximo, tengo que hacerle un encargo. Caballeros, les dejamos á ustedes navegando en *El Warwick* y en *El Vengador*.

Dicho esto, se levantó haciendo una señal de inteligencia á Máximo, el cual se encaminó hacia el gabinete. Apenas había llegado á la puerta aquella pareja *morganática*, bonita expresión alemana que no tiene

equivalente en francés, cuando el conde interrumpió su conversación con Eugenio, para gritar:

—Anastasia, quédese usted, querida mía, se lo ruego; ya sabe que...

—Ya vengo, ya vengo—dijo Anastasia interrumpiéndole;—tengo que darle un encargo á Máximo.

Y volvió á poco. Como todas las mujeres que saben reconocer hasta donde pueden llegar á fin de no perder una confianza preciosa, la condesa, obligada á estudiar el carácter de su marido para poder obrar á su capricho, vió, por las inflexiones de la voz del conde, que no habría ninguna seguridad permaneciendo en el gabinete. Tales contratiempos eran debidos á Eugenio; así es que la condesa le miraba con aire lleno de despecho y Máximo dijo al conde, á su mujer y á Eugenio con tono epigramático:

—Bueno, señores, ustedes están hablando de sus asuntos y yo les molesto. Adiós.

—Quédese usted, Máximo—gritó el conde.

—Venga usted á comer con nosotros—dijo la condesa, la cual, dejando de nuevo á Eugenio y al conde, siguió á Máximo al saloncito, donde permanecieron juntos bastante tiempo para creer que el señor de Restaud despediría á Eugenio.

Rastignac los oía sucesivamente riéndose, charlando y callando; pero el malicioso estudiante sostenía animada conversación con el señor de Restaud y le halagaba ó le empeñaba en discusiones, á fin de ver de nuevo á la condesa y de poder saber la clase de relaciones que la unían con el padre Goriot. Aquella mujer, que estaba enamorada evidentemente de Máximo; aque-

lla mujer dueña de su marido y liada secretamente con el fabricante de fideos, le parecía todo un misterio, que él quería descubrir, esperando así poder reinar como soberano en aquella mujer tan eminentemente parisiense.

—¡Anastasia!—dijo el conde llamando de nuevo á su mujer.

—Vamos, mi pobre Máximo—dijo la condesa al joven—hay que resignarse. Hasta la noche.

—Tasia, espero—le dijo Máximo al oído—que despedirá usted á ese jovencito cuyos ojos se encendían como brasas cuando su peinador se entreabría. Le haría declaraciones, la comprometería y me vería obligado á matarle.

—¿Está usted loco, Máximo? ¿No ve usted, por el contrario, que esos estudiantes son excelentes pararrayos? Ya verá usted cuán pronto lograré que Restaud le tome aversión.

Máximo soltó una carcajada y salió seguido de la condesa, la cual se puso á la ventana para verle subir al coche y guiar el caballo, manejando el látigo. La condesa no volvió hasta que el carruaje traspuso la puerta.

—Mire usted, querida mía, la tierra en que vive la familia del señor no está lejos de Verteuil, y su tío y mi abuelo se conocieron.

—Celebro la noticia—dijo la condesa distraída—y que el señor sea de país conocido.

—Más de lo que usted se figura—le dijo en voz baja Eugenio.

—¡Cómo!—se apresuró ella á decir.

—Sí, porque acabo de ver salir de su casa á un señor que vive en la misma casa que yo, el padre Goriot—repuso el estudiante.

Al oír este nombre precedido de la palabra *padre*, el conde, que atizaba el fuego, dejó caer las tenazas de sus manos como si le quemasen, y se levantó.

—Caballero, podía usted decir el señor Goriot—exclamó el conde.

En un principio, la condesa palideció al ver la impaciencia de su marido, y después se puso roja, permaneciendo azorada algunos instantes. Mas esto duró poco.

—No podía usted conocer á persona que más apreciásemos—exclamó con voz que quiso hacer que fuera natural y con aire desenvuelto.

Luego miró al piano, cual si despertase en ella algún capricho, y dijo:

—¿Le gusta á usted la música, caballero?

—Mucho—respondió Eugenio, que se había puesto encarnado y que sufría grandes apuros ante la idea de haber cometido alguna torpeza.

—¿Canta usted?—le preguntó la condesa sentándose al piano y atacando violentamente á todas las teclas de modo que produjesen toda la escala,

—No, señora.

El conde de Restaud medía el salón á grandes pasos.

—Es lástima, porque se ve usted privado de un gran medio de éxito. *Ca-a-ro, ca-a-aro, ca-a-a-aro, non du-bi-ta-re*—cantó la condesa.

Pronunciando el nombre del padre Goriot, Eugenio había dado un golpe de varita mágica, cuyo efecto era inverso al que habían producido las palabras *pariente de la señora Beauseant*, y se encontraba en una situación análoga á la del hombre que, introducido por favor en casa de un aficionado á curiosidades, tropieza, por des-

cuido, con un armario lleno de figuras esculpidas, y hace caer tres ó cuatro piezas mal colocadas. Hubiera querido que se lo tragase la tierra. La cara de la señora de Restaud permanecía fría é indiferente, y sus ojos evitaban las miradas del torpe estudiante.

—Señora—dijo Eugenio despidiéndose,—tiene usted que hablar con el señor de Restaud; dígnese recibir mis respetos y permítame...

—Siempre que venga usted—dijo precipitadamente la condesa interrumpiendo con un gesto á Eugenio—tenga la seguridad de que nos causará un verdadero placer, lo mismo al señor de Restaud que á mí.

Eugenio dirigió un profundo saludo á los dos esposos y salió seguido del señor de Restaud, el cual le acompañó hasta la antesala, á pesar de sus protestas.

—Ni la señora ni yo estamos en casa cuando el señor vuelva á presentarse—dijo el conde á Mauricio.

Cuando Eugenio puso el pie en la escalinata exterior, notó que llovía.

—Vamos—se dijo,—he venido á cometer una torpeza cuya causa é importancia desconozco, y, por si esto no fuera bastante, ahora voy á estropearme el traje y el sombrero. Debería permanecer en un rincón cultivando el Derecho, pensando únicamente en llegar á ser magistrado. ¿Puedo yo acaso frecuentar el mundo necesiándose, como se necesita, cabriolé, botas lustradas, cadena de oro, guantes de gamo por la mañana, que cuestan seis francos, y guantes amarillos por la noche? ¡Vaya al diablo ese extravagante padre Goriot!

Cuando llegó á la puerta de la calle, el cochero de un vehículo de alquiler, que sin duda venía de conducir

á dos recién casados y que deseaba robar á su amo alguna carreras de contrabando, hizo una seña á Eugenio al verle sin paraguas, con levita negra, guantes amarillos y botas lustradas. Eugenio estaba bajo el dominio de una de esas rabias sordas que empujan á un joven : hundirse cada vez más en el abismo en que ha entrado como si esperase encontrar una buena salida; aceptó el ofrecimiento del cochero y subió al coche, cuyo interior confirmaba que había servido de vehículo á dos recién casados, toda vez que se veían en él algunas lores de azahar.

—¿Adónde va el señor?—le preguntó el cochero, que no llevaba ya sus guantes blancos.

—¡Jardiez!—dijo Eugenio—ya que me hundo, es preciso al menos que esto me sirva de algo. Vaya usted al palacio de Beauseant—añadió en voz alta.

—¿A cuál?—dijo el cochero.

Pregunta sublime que confundió á Eugenio. Este elegante nédito no sabía aun que había dos palacios de Beauseant, é ignoraba cuán rico era en parientes que no se ocupaban de él.

—A del vizconde de Beauseant, calle de...

—S, de Grenelle—dijo el cochero meneando la cabeza é interrumpiéndole.—Como que hay además el palacio del conde y del marqués de Beauseant, situado en la calle de San Domingo...—añadió cerrando la portezuela.

—Ya lo sé—respondió Eugenio con sequedad.—Parece que todo el mundo se empeña en burlarse hoy de mí—dijo arrojando el sombrero sobre el asiento de delante.—He aquí una salida que va á costarme un ojo

de la cara; pero al menos visitaré á mi prima de una manera sólidamente aristocrática. Ese maldito padre Goriot me cuesta ya lo menos diez francos. Pero le contaré mi aventura á la señora de Beauseant y tal vez le haga reir. Ella debe saber el misterio de las relaciones criminales de ese viejo estúpido con la condesa. Vale más agradar á mi prima, que estrellarse contra esa mujer inmoral, que me parece muy cara. Si el nombre de la hermosa vizcondesa es tan poderoso ¿qué peso no tendrá su persona? Dirijámonos á la más alta. Cuando se ataca al cielo, debe apuntársele á Dios.

Estas palabras son la fórmula breve de los mil pensamientos que ocupaban la mente del joven, el cual se distrajo un poco viendo llover y se dijo que si iba á disipar dos de las preciosas monedas de cinco francos que le quedaban, lo hacía por la conservación de su traje, de sus botas y de su sombrero. No sin un impulso de hilaridad, Eugenio oyó que su cochero gritaba: «¡La puerta! ¡abra usted la puerta!» y que un criado con librea hacía girar los goznes de la puerta principal del palacio. Con grata satisfacción, Rastignac vió que su coche atravesaba el patio y se detenía ante la escalera. Su cochero se apresuró á abrir la portezuela. Al bajar del coche, Eugenio oyó risas ahogadas que salían del peristilo, donde tres ó cuatro criados se habían divertido ya á costa de su coche. Aquellas risas iluminaron al estudiante, el cual las comprendió al comparar su vehículo con uno de los cupés más elegantes de París, tirado por dos hermosos caballos y guiado por un cochero con librea, muy estirado. En la calzada de Antón, la señora de Restaud tenía en el patio de su casa el

cabriolé del hombre de veintiséis años, y en el arrabal Saint-Germain, en el patio de su prima, admiraba un cupé de tanto lujo, que valía lo menos treinta mil francos.

—¿Quién estará aquí?—se preguntó Eugenio comprendiendo un poco tarde que debía haber pocas mujeres en París que no estuviesen ocupadas, y que la conquista de una de aquellas reinas costaba más cara que la sangre.—¡Diantre! ¿tendrá también mi prima su Máximo?

Eugenio subió las escaleras con la muerte en el alma, y en la antesala encontró á los criados serios como jueces. La fiesta á que había asistido se había dado en las habitaciones de recepción, situadas en el piso bajo del palacio de Beauseant. Como no había tenido tiempo, entre la invitación y el baile, de visitar á su prima, aun no había entrado en sus habitaciones, y, por consiguiente, iba á ver por primera vez las maravillas de aquella elegancia personal que descubre el alma y las costumbres de una mujer distinguida; estudio este tanto más curioso, cuanto que el salón de la señora de Restaud había de servirle de término de comparación. Á las cuatro y media la vizcondesa estaba visible; pero cinco minutos antes no hubiera recibido á su primo. Eugenio, que ignoraba las diversas leyes de la etiqueta parisiense, fué conducido por una gran escalera llena de flores, con alfombra roja y barandilla dorada, á la habitación de la señora de Beauseant, cuya biografía ignoraba, no obstante ser una de esas interesantes historias que se cuentan todas las noches al oído en los salones de París.

La vizcondesa estaba liada hacía tres años con un

célebre y rico señor portugués llamado el marqués de Adjuda-Pinto. Tratábase de una de esas inocentes relaciones que tienen tantos atractivos para las personas así relacionadas, que éstas no pueden soportar la intervención de un tercero. Así es que el vizconde de Beuseant había dado él mismo el ejemplo, respetando en público, de grado ó por fuerza, aquella unión morganática. Durante los primeros días de aquella amistad, las personas que fueron á ver á la vizcondesa á las dos, la encontraban con el marqués de Adjuda-Pinto. La señora de Beuseant, incapaz de cerrar sus puertas á nadie, lo cual hubiera sido muy inconveniente, recibía con tanta frialdad sus visitas, que todo el mundo comprendió que molestaba. Cuando se supo en París que se estorbaba á la señora de Beuseant yendo á verla de tres á cuatro, acabaron por dejarla en la soledad más completa. La vizcondesa iba á los Bufones y á la Ópera en compañía de su esposo y del señor de Adjuda-Pinto; pero, como hombre que sabe vivir, el señor de Beuseant dejaba á su mujer y al portugués después de haberlos instalado en el palco. El señor de Adjuda tenía que casarse con una señorita de Rochefide, y, de toda la elevada sociedad, sólo una persona ignoraba este matrimonio, y ésta era la señora de Beuseant. Algunas amigas suyas le habían hablado de él vagamente; pero la vizcondesa se había reído, creyendo que sus amigas querían turbar su dicha por celos. Y, sin embargo, iban á publicarse ya las proclamas. Aunque el guapo portugués había ido á notificar su matrimonio á la vizcondesa, no se había atrevido á decirle palabra. ¿Por qué? porque nada hay sin duda más difícil que notificar á una mujer semejante

*ultimatum*. Algunos hombres prefieren encontrarse en el campo del honor ante un enemigo que les apunta al corazón con una espada, que ante una mujer que, después de lanzar elegías por espacio de dos horas, se hace la muerta y pide sales. En este momento, pues, el señor de Adjuda-Pinto marchaba sobre espinas y quería salir del mal camino diciéndose que sería mejor escribirle á la señora de Beuseant comunicándole tal nueva, toda vez que es más cómodo efectuar tan galante asesinato por escrito que de viva voz. Cuando el ayuda de cámara de la vizcondesa anunció al señor Eugenio de Rastignac, el marqués de Adjuda-Pinto se estremeció de alegría. Sabedlo bien: la mujer amante es mucho más ingeniosa aún para crearse dudas que para variar el placer, y cuando está á punto de ser abandonada, adivina aun más fácilmente el sentido de un gesto, de suerte que la señora de Beuseant comprendió aquel estremecimiento involuntario y ligero, pero sumamente espantoso. Eugenio ignoraba que nunca debe presentarse uno en casa de nadie en París sin conocer por boca de los amigos de la casa la historia del marido, la de la mujer ó la de los hijos, á fin de no cometer alguna de esas torpezas ante las cuales suele exclamarse en Polonia: «Enganche usted bueyes á su carro» sin duda para que os saquen del mal paso en que os habéis metido. Si estas desgracias de la conversación no tienen aún nombre en Francia, se las supone sin duda imposibles, á causa de la enorme publicidad que aquí adquieren las maledicencias. Después de haberse mostrado torpe en casa de la señora de Restaud, que ni siquiera le había dado tiempo para enganchar bueyes á su carro, sólo Eugenio

era capaz de continuar su labor, presentándose en casa de la señora de Beauseant. Bien es verdad que si había molestado horriblemente á la señora de Restaud y al señor de Trailles, en cambio sacaba de un apuro al señor de Adjuda-Pinto.

—Adiós—dijo el portugués apresurándose á tomar la puerta cuando Eugenio entró en un magnífico saloncito, de color gris y rosa, cuyo lujo parecía ser sólo elegancia.

—Pero hasta la noche ¿eh?—dijo la señora de Beauseant volviendo la cabeza y dirigiendo una mirada al marqués.—Iremos á los Bufones.

—No puedo—dijo el portugués tomando el pomo de la puerta.

La señora de Beauseant se levantó y le llamó á su lado sin hacer el menor caso de Eugenio, el cual, de pie y aturdido por el brillo de una riqueza maravillosa, creía en la realidad de los cuentos árabes y no sabía donde colocarse al encontrarse en presencia de aquella mujer sin ser visto por ella. La vizcondesa había extendido el índice de su mano derecha y, haciendo con él un bonito movimiento, designaba al marqués un asiento delante de ella. Hubo en aquel gesto tan violento despotismo de pasión, que el portugués dejó el pomo de la puerta y acudió. Eugenio lo contemplaba, aunque no sin envidia.

—Vaya—se dijo,—el hombre ha accedido. Pero ¿será necesario tener fogosos caballos y oro á raudales para obtener la mirada de una mujer de París?

Y esto diciendo, el demonio del lujo le mordió en el corazón, la fiebre de riquezas se apoderó de él y la

sed de oro le secó la garganta. Sólo tenía ciento treinta francos para pasar su trimestre. Su padre, su madre, sus hermanos, sus hermanas y su tía sólo gastaban doscientos francos al mes entre todos. Esta rápida comparación entre su situación presente y el logro de sus aspiraciones contribuyeron á dejarle estupefacto.

—¿Por qué *no puede usted* venir á los Italianos?—le dijo la vizcondesa sonriéndose.

—Los negocios. Como en casa del embajador de Inglaterra.

—Pues dejará usted de ir.

Cuando un hombre engaña, se ve obligado invenciblemente á amontonar mentiras sobre mentiras; así es que el señor de Adjuda le dijo sonriéndose:

—¿Lo exige usted?

—Ciertamente.

—Eso era precisamente lo que yo deseaba oír—dijo de Adjuda dirigiendo á su amada una de esas miradas que hubieran tranquilizado á cualquiera otra mujer.

Después, tomó la mano de la vizcondesa, la besó y partió.

Eugenio se pasó la mano por los cabellos y se preparó para saludar, creyendo que la señora de Beauseant iba á fijarse en él; más de pronto observa que su prima echa á correr hacia la galería, abre la ventana, mira al señor de Adjuda mientras éste sube al coche, presta oído á la orden y escucha que el lacayo repite al cochero:

—Á casa del señor de Rochefide.

Estas palabras y la manera como de Adjuda se metió en el coche fueron un rayo para aquella mujer, que

abandonó la ventana presa de mortales aprensiones. En el gran mundo las catástrofes más horribles no son más que esto. La vizcondesa penetró en su dormitorio, se sentó ante una mesita, y tomando un bonito pliego de papel escribió lo siguiente:

«Toda vez que come usted en casa de los Rochefide, y no en la embajada inglesa, me debe una explicación y le espero.»

Después de haber trazado algunas letras, desfiguradas por el temblor convulsivo de su mano, puso una *C* que quería decir Clara de Borgoña y llamó.

—Jaime—dijo á su ayuda de cámara, que se presentó al momento,—á las siete y media irá usted á casa del señor de Rochefide y preguntará por el marqués de Adjuda-Pinto. Si el señor marqués está allí, le entrega usted esta carta sin esperar respuesta, y si no está, vuelve usted aquí y me la entrega.

—En el salón hay gente que espera á la señora vizcondesa.

—¡Ah! es verdad—dijo ella empujando la puerta.

Eugenio empezaba ya á impacientarse, cuando vió á la vizcondesa, que le dijo con un tono cuya emoción le removió las fibras del alma:

—Dispéñseme usted, caballero; tenía que escribir dos palabras. Pero ahora soy de usted.

Aquella mujer no sabía lo que decía, porque lo que pensaba era esto:

—¡Ah! ¿quiere casarse con la señorita de Rochefide? ¿Acaso es libre para hacerlo? Esta noche se deshará ese

matrimonio, ó... Pero ¡cal! mañana no se hablará ya de él.

—Prima mfa...—dijo Eugenio.

—¿Eh?—exclamó la vizcondesa dirigiéndole una mirada cuya impertinencia dejó helado al estudiante.

Eugenio comprendió este *ch.* En tres horas había aprendido tantas cosas, que no tardó en ponerse en guardia.

—Señora—repuso ruborizado,—dispéñseme, tengo necesidad de tanta protección, que invoco nuestro pequeño parentesco.

La señora de Beauseant se sonrió, aunque tristemente, pues sentía ya la desgracia que se cernía sobre su cabeza.

—Si conociese usted la situación en que se encuentra mi familia—dijo Rastignac continuando,—no se negaría usted ciertamente á desempeñar el papel de una de esas hadas luminosas que se complacen en disipar los obstáculos en torno de sus ahijados.

—Vamos á ver, primo ¿en qué puedo serle útil?—dijo la vizcondesa riéndose.

—¿Lo sé yo acaso? Estar unido á usted por un lazo de parentesco que se pierde en la sombra, es ya toda una fortuna. Me ha turbado usted, y no sé ya lo que venía á decirle. La única persona que conozco en París es usted. ¡Ah! quería pedirle que me aceptase como un pobre hijo que se cose á sus faldas y que sabría morir por usted.

—¿Mataría usted á uno por mí?

—Y á dos—replicó Eugenio.

—¡Niño! sí, es usted un niño—dijo la vizcondesa

conteniendo las lágrimas.—Usted no dudo que amaría sinceramente.

—¡Oh!—exclamó el estudiante meneando la cabeza.

La ambiciosa respuesta de Rastignac contribuyó á que la vizcondesa se interesase vivamente por él. El meridional estaba en su primer cálculo de ambición. Entre el gabinete azul de la señora de Restaud y el salón rosa de la señora de Beauseant, había aprendido tres años de ese *derecho parisiense* cuyo estudio no se recomienda, aunque constituye una elevada jurisprudencia social, que bien aprendida y bien practicada conduce á todas partes.

—¡Ah! ya voy entendiendo—dijo Eugenio.—En su baile de usted me fijé en la señora de Restaud y esta mañana fuí á su casa

—Bien ha debido usted molestarla—dijo la señora de Beauseant sonriéndose.

—¡Oh! sí, soy un ignorante que me indispondré con todo el mundo si usted me niega su auxilio. Creo que es muy difícil encontrar en París una mujer joven, hermosa, elegante y rica que esté desocupada, y yo necesito una que me enseñe lo que ustedes, las mujeres, saben explicar tan bien: la vida. En todas partes encontraré un señor de Trailles. Venía, pues, á preguntarle la solución de un enigma, y á rogarle que me diga de qué naturaleza es la torpeza que cometí. Hablé allí de un padre...

—La señora duquesa de Langeais—dijo Jaime cortando la palabra al estudiante, que hizo un gesto propio de un hombre violentamente contrariado.

—Si quiere usted salir airoso, en primer lugar no sea tan violentamente demostrativo—le dijo la vizcon-

desa. ¡Hola! buenos días, querida mía—dijo saliendo al encuentro de la duquesa, cuyas manos estrechó con cariñosa efusión, siendo correspondida con los más graciosos mimos.

—He aquí dos buenas amigas—se dijo Rastignac.—Desde hoy tendré dos protectoras. Estas dos mujeres deben tener los mismos afectos y tal vez la que ha entrado se interese también por mí.

—¿Á qué agradable suceso debo la dicha de ver á usted, querida Antonieta?—le dijo la señora de Beauseant.

—He visto entrar al señor de Adjuda-Pinto en casa de los Rochefide y he pensado que estaría usted sola.

La señora de Beauseant no se mordió los labios, no enrojeció, su mirada siguió siendo la misma y su frente pareció iluminarse mientras la duquesa pronunciaba estas fatales palabras.

—Si hubiera sabido que estaba usted ocupada...—añadió la duquesa volviéndose hacia Eugenio.

—El señor es Eugenio de Rastignac, un primo mío—añadió la vizcondesa.—¿Ha tenido usted noticias del general Montriveau? Serizy me dijo ayer que no le veía en ninguna parte. ¿Ha recibido usted hoy su visita?

La duquesa, de la que se decía que había sido abandonada por el señor de Montriveau, de quien estaba perdidamente enamorada, sintió en el corazón toda la maldad de esta pregunta y le respondió roja de rabia.

—Estaba ayer en el Eliseo.

—De servicio—dijo la señora de Beauseant.

—Clara, supongo que ya sabrá usted que mañana se publican las proclamas del matrimonio del señor de

Adjuda-Pinto y de la señorita de Rochefide—repuso la duquesa despidiendo rabia por sus chispeantes ojos.

Este golpe era demasiado violento, así es que la vizcondesa palideció y le respondió sonriéndose:

—¡Bah! esos son rumores que sólo creen los tontos. ¿Por qué ha de dar el señor de Adjuda á los Rochefide uno de los nombres más hermosos de Portugal? Los Rochefide son nobles de ayer.

—Pero, según se dice, Berta reunirá doscientos mil francos de renta.

—El señor de Adjuda es demasiado rico para hacer esos cálculos.

—Querida mía, tenga usted en cuenta que la señorita de Rochefide es, además, encantadora.

—¡Ah!

—En fin, hoy come en su casa, y ya están pactadas las condiciones. Me extraña mucho que no sepa usted nada.

—Conque ¿qué tontería ha hecho usted majaderito?—dijo la señora de Beuseant.—Mi querida Antonieta, este muchacho empieza ahora á frecuentar el mundo y no sabe lo que decimos. Sea usted buena para con él y aplacemos para mañana esa conversación. Además, mañana acaso sea todo oficial y usted podrá ser seguramente oficiosa.

La duquesa fijó en Eugenio una de esas miradas impertinentes que envuelven á un hombre de pies á cabeza, lo aplastan y lo ponen á cero grados.

—Señora, sin saberlo, he hundido un puñal en el corazón de la señora de Restaud. Sin saberlo, he aquí mi falta—dijo el estudiante, que con su tristeza había

sabido ver los mordaces epigramas que ocultaban las afectuosas frases de aquellas mujeres.—Si bien se mira, puede temerse á las gentes que saben el mal que hacen; mientras que el que hiere ignorando la profundidad de la herida es considerado como un necio, y todo el mundo le desprecia.

La señora de Beuseant dirigió al estudiante uno de esas miradas de agradecimiento y de dignidad que saben dirigir las grandes almas. Esta mirada fué como un bálsamo que calma la llaga que acababa de hacer en el estudiante la mirada de prestamista con que la duquesa le había evaluado.

—Figúrese usted—dijo Eugenio continuando,—que acababa de conquistarme la benevolencia del conde de Restaud, porque he de advertirle, señora—añadió volviéndose hacia la duquesa con aire humilde y malicioso á la vez—he de advertirle que soy un infeliz estudiante, sólo, pobre...

—Señor de Rastignac, no diga usted eso, nosotras las mujeres nunca queremos lo que nadie quiere.

—¡Bah!—dijo Eugenio—sólo tengo veintidós años y debo saber soportar las desgracias de la edad. Por otra parte, estoy confesándome y es imposible ponerse de rodillas en confesionario más bonito: se cometen aquí los mismos pecados de que viene uno á confesarse.

La duquesa tomó un aire frío al oír este discurso antirreligioso, cuyo mal gusto evitó diciéndole á la vizcondesa:

—¿Este señor llega ahora?

La señora de Beuseant se rió francamente de su primo y de la duquesa.